l. del Alf. Lorenzo Sánchez y Alvarez-Pereira y Doña Juana de-Sojo y Peñaranda), dama hidalga y descendiente de los primeros conquistadores, pobladores y vecinos feudatarios de Costa Rica.

Jiménez-Araya

Casa fundada por Antonio Jiménez, vecino feudatario de Santiago de Talamanca, quien casó con María de Araya (h. l. de Juan de Araya y Leonor Gómez), dama hidalga, hija y nieta de conquistadores.

Jiménez-Carrasco (casa extinguida)

Casa fundada por Juan Cayetano Jiménez, natural de la ciudad de Ronda, en los Reinos de España, h. l. de don Cristóbal Jiménez-Carrasco y doña María Jurado de Villafuerte), quien casó en Costa Rica con doña Josefa Martínez de Herrera (h. l. del Cap. Eusebio Martínez de Herrera y doña Micaela Pérez de Luna y Chaves), dama hidalga y descendiente de los primeros conquistadores, pobladores y vecinos feudatarios de Costa Rica.

Jiménez-de-Mondragón (casa extinguida)

Casa fundada por don Pedro Jiménez de Mondragón, natural de Panamá, en Tierra Firme (h. l. de don Bartolomé Jiménez de Mondragón y doña Felipa Santiago Rodríguez de Palacios, ambos naturales de España), caballero hijodalgo notorio de sangre, quien casó con doña Francisca de Inza (h. l. del Cap. Domingo de Inza y Zesueta, y doña Alfonsa Muñoz-Hidalgo), dama hidalga y descendiente de los primeros conquistadores, pobladores y vecinos feudatarios de Costa Rica.

(*Continuará*)

Fuí ateo hasta ese día

(Condensado de la revista "Christian Herald")

Por el Doctor Orris Keating

Necesitamos, hoy más que nunca, acudir a las doctrinas de Cristo, para que exista la debida correspondencia entre nuestro mundo moral y el de la realidad que nos rodea.

Cuando entré en la Facultad de Medicina me tenía yo por un ateo de tomo y lomo. Estaba absoluta y firmísimamente convencido de que no existía Dios. Las creencias religiosas, en cualquiera de sus formas y manifestaciones, parecíanme pueriles supersticiones, amén de obstáculo invencible a todo adelanto intelectual. Negaba yo a Dios, y proclamaba a los cuatro vientos mi doctrina con la apasionada vehemencia propia de mis pocos años.

Mas he aquí que un día ocurrió un suceso que trastornó por completo el curso de mis ideas y de mi vida.

Hallábase David Grant, el famoso anatomista, haciendo la disección de un cadáver en presencia de nuestra clase. De pronto se detuvo, y volviéndose hacia nosotros habló así:

"Jóvenes, en este organismo humano tienen ustedes la refutación cabal de eso que se conoce por ateísmo. No hay ser dotado de razón que sea capaz de contemplar la maravillosa estructura y disposición de los órganos en este cuerpo, sin sentirse movido al punto a confesar la existencia de algún agente, de algún poder superior y exterior a la humana inteligencia, que los haya creado.

"Está fuera de duda que toda creación es, forzosamente, obra de un creador. Tiene que haber un poder, una causa primera, o como quieran ustedes llamar a Dios; porque el solo mecanismo de la generación no explica, no puede en modo alguno explicar cómo surge a la vida el cuerpo humano. Opino que los médicos, sobre todo, debieran ser fervorosamente religiosos, puesto que tienen presente siempre ante los ojos, este milagro incomprensible. Y al decir que los médicos debieran ser profundamente religiosos quiero decir que debieran ser humildes, dados a atestiguar con la plegaria su fe en la intervención de un supremo poder en las cosas humanas.

"Me atrevería a asegurar", continuó el doctor Grant, "que, calando bien adentro en lo profundo de cada alma, no se hallaría un solo ser en la tierra que no poseyese en alguna forma y medida, cierto secreto anhelo espiritual, el sentido íntimo, la conciencia recóndita, pero clara, de que existe un Poder superior a todos los poderes humanos. Poder al cual se siente atraído instintivamente en los trances difíciles de la vida. ¡Cuántas veces nos parece que hemos agotado ya todos los medios a nuestro alcance en la solución de un conflicto! Entonces es cuando volvemos los ojos hacia nuestro interior en busca de auxilio y solución. Fué el propio Lincoln quien dijo cierto día: Muchas y muchas veces he caído de rodillas abrumado por la convicción de que no tenía a nadie más a quién acudir. Sí; créanlo ustedes: la oración es un manantial de fortaleza. Y hasta me atrevería a apostar algo con cualquiera de ustedes a que si todos los que me oyen leyesen todos los días el Sermón de la Montaña por espacio de una quincena, recibirían una influencia muy saludable. Y ahora, continuemos con la disección".

Aquella noche no pude conciliar el sueño. Me la pasé entera recordando las palabras del doctor Grant. Cuanto más se esforzaba en refutarlas, más difícil se me hacía. "Toda creación es, forzosamente, obra de un creador". El axioma resonaba constantemente en mi cerebro. Cuando el sol empezó a alumbrar un nuevo día, ya mis anteriores convicciones, aquellas que creía inconmovibles, habían perdido su diamantina dureza.

Va a hacer ya treinta y cuatro años que me resolví a leer el Sermón de la Montaña, siguiendo el consejo del doctor Grant. Y hoy tengo la plena certidumbre de que las doctrinas de Cristo son no sólo la guía más elevada y perfecta de la conducta, sino también la más práctica.

Hay multitud de cristianos sinceros que profesan la opinión de que es imposible aplicar los principios de Cristo a nuestra complicada civilización moderna. Entienden que una norma de vida y una filosofía de la conducta especialmente

apropiadas para el medio sencillo y particular del siglo primero no pueden adaptarse con la misma validez y viabilidad a las complejas circunstancias del siglo veinte. Los que tal cosa sostienen, olvidan que la vida de relación entre los hombres crea hoy, en lo fundamental, los mismos problemas que existían cuando Jesús hollaba con sus pies el suelo de nuestro planeta. Las condiciones externas pueden cambiar por virtud de los siglos, pero no los principios.

Entiendo que los problemas de la hora presente: el choque violento de las ideas políticas, el odio de raza, las inenarrables crueldades de la guerra y la amenaza que se cierne sobre toda nuestra civilización, nos llevan al convencimiento de que no hay solución para los males e injusticias del mundo fuera de la aplicación práctica de las verdades tan sencillas y tan claras que enseñó a unos pobres pescadores y a unos campesinos judíos Aquél que murió en el suplicio de la cruz hace 1,900 años.

No hay más que abrir la Historia para ver que a las épocas de materialismo y de calamitosas desgracias sigue invariablemente un reflorecer de la preocupación por las cosas del espíritu. Es algo así como el flujo y el reflujo del mar: una generación da unos pasos de avance en lo moral y lo intelectual; luego, la humanidad retrocede hasta que en lo futuro, otra generación vuelve a adelantar. Tras esos avances y retrocesos la humanidad no torna a encontrarse en el punto de partida, sino que adelanta, de un modo lento pero continuo y seguro.

Es tan grande. tan terrible, el quebranto moral y material que experimenta hoy la humanidad, que todos debemos pedir a Dios que nos guíe e ilumine. Es imperativo que elevemos nuestras plegarias pidiendo al Omnipotente acierto y comprensión, y aquella fortaleza espiritual que hará germinar en nuestros corazones la simiente de la humana fraternidad tal y como se nos ofrece esta admirable y difícil virtud en la vida del propio Cristo. Tenemos que pedir en nuestras preces la facultad de elevarnos por encima de la escoria terrenal hasta la comunión con la Divina Esencia.

La plegaria tiene extraordinario poder. Nos alienta e infunde valor y aptitud para resolver nuestros problemas, por arduos que sean. Del doctor Alexis Carrel es este párrafo: (1)

"Quien forma el hábito de la oración sincera, experimenta luego cambio notorio y profundo en su vida. La oración imprime huella indeleble en nuestros actos y en nuestro porte... Enciende en lo interior del alma una llama a cuyos reflejos se mira el hombre a sí mismo. A esa luz ve su egoísmo, su vanidad, sus recelos, su codicia, sus yerros. Con su calor se le desarrolla el sentido de sus deberes morales, se vuelve intelectualmente humilde. Y así empieza el hombre su jornada hacia las plenitudes del reino de la gracia".

Los que niegan la efectividad de la oración se me parecen a quienes, para demostrar que de una semilla no puede brotar una flor, hundieran la semilla en lo oscuro de un sótano, y la privaran de todo riego. No existe más que un modo de probar que las doctrinas de Jesús son practicables: ponerlas en práctica.

---

(1) Véase La plegaria es poder, en Selecciones de mayo de 1941.

Propendemos a levantar un infranqueable muro entre nuestros principios religiosos y morales y nuestras cosas "prácticas". Nos empeñamos en vivir en dos mundos separados: uno en que damos rienda suelta a nuestras inspiraciones y aspiraciones espirituales, y otro en que vivimos lo que llamaríamos "realidades" políticas, sociales y económicas. Necesitamos las doctrinas de Cristo para fundir en uno solo esos dos mundos.

Citemos otra vez al doctor Carrel: "Hoy, como nunca, es necesaria la oración en la vida de hombres y pueblos. Por no haber dado al sentimiento religioso la importancia que tiene, está el mundo al borde de la catástrofe. Hemos descuidado lamentablemente el manantial más rico de cuantos pueden darnos perfección y energía... Si se pone en acción nuevamente el poder de la plegaria y se emplea en elevar la existencia de todos, hombres y mujeres, aún cabrá esperar que sean escuchadas nuestras oraciones impetrando de Dios un mundo mejor.

Buena y consoladora prueba de que nos hallamos en vísperas de un renacimiento espiritual es la tendencia creciente, lo mismo en lo social que en lo político y lo económico, a considerarnos hermanados al resto de los hombres por vínculos de estrecha solidaridad. Otra prueba no menos elocuente la tenemos en el afán de sacrificio que conmueve hoy al mundo. Se cuentan por millones los individuos que empiezan a entrever la gran verdad de que no bastan la posesión y el goce de los bienes materiales para calmar la sed que abrasa sus almas. Por la calle del Desengaño, descrita con acerada pluma por el genial satírico español, han ido a dar, de desilución en desilución, al templo claro y sereno en cuyo pórtico se lee el aforismo inmortal: "No de solo pan vive el hombre".

Tomado de Selecciones del Reader's Digest. Febrero de 1943. Tomo V. Nº 27. Págs. 24/26.

El León de Lucerna

Por Berta María Feo

El genio del insigne escultor dinamarqués Thorwaldsen, inmortalizó a la entrada de Lucerna el recuerdo de la sangrienta jornada del 10 de agosto, tallando en la roca el colosal León helvético moribundo.

Causa soberbio efecto a la vista la Capilla consagrada a las víctimas, que se levanta entre la verdura de un bosque de avellanos, teniendo por fondo las magníficas características crestas del monte Pilatos cuyas cúspides cubiertas por deslumbradoras cabelleras de nieve, se perfilan sobre un cielo tan intensamente azul que parece impregnar las aguas del lago dormido a sus pies.

Campea en el santuario de indecible belleza, tal sencillez, evoca el trozo de historia que guarda en aquella cámara casi real tan profundamente las do-